

CAPITULO DECIMO-SEXTO.

SITUACION DE SINALOA AL REGRESO DE LAS BRIGADAS-UNIDAS. — CORONA EXTIENDE SU LÍNEA DE OPERACIONES AL NORTE DEL ESTADO. — EL GENERAL MARTINEZ ES HERIDO EN LA VILLA DE SINALOA. — PRIMER COMISARIO IMPERIAL EN MAZATLAN. — PRECAUCIONES TOMADAS EN LOS DISTRITOS DEL NORTE CON MOTIVO DE LA DERROTA DE ROSALES. — LAS FUERZAS REPUBLICANAS SE EXTIENDEN POR EL SUB. — DERROTA DE MAURICIO CASTAÑEDA. — FUERZAS LIBERALES AL REDOR DE MAZATLAN. — GUERRILLA MIRAMONTES Y SUS HAZAÑAS. — INTRODUCCION DE VÍVERES AL PUERTO Y COBRO DE DERECHOS POR TIERRA. — COMBATES FRECUENTES EN LAS CERCANÍAS. — REBELION FRUSTRADA EN CULIACAN, POR GRANADOS. — DECRETO DE 3 DE OCTUBRE. — LOS FRANCESES NO HACEN PRISIONEROS.

El general Corona, para volver á Sinaloa, se dirigió de Guadalupe y Calvo á Badiraguato y de allí á Culiacan, capital del Estado, encontrando que felizmente las cosas estaban poco mas ó menos en la misma condicion en que las había dejado. D. Juan B. Sepúlveda se había encargado de la jefatura de hacienda y de la tesorería del Estado, donde había de prestar tan eminentes y patrióticos servicios á la causa de la defensa nacional. El coronel Correa había permanecido en Cosalá con el batallon "Hidalgo" y cien caballos. En Tamazula, Estado de Durango, cerca de la raya con el de Sinaloa, se había establecido una maestranza, que el general en jefe, á su regreso, mandó trasladar á Badiraguato.

Permanecían en Concordia, Mesillas y la Noria los destacamentos que el enemigo había situado allí, habiéndose limitado el de este último punto á hacer la excursion que ya indicamos sobre el distrito de San Ignacio. En el Rosario se hallaban trescientos hombres al mando del guerrillero Mauricio Castañeda, célebre por sus atrocidades, dejados allí de guarnicion por Lozada á su regreso para Tepic. En suma, los franceses no habían hecho mas que ocupar los tres últimos distritos del Sur del Estado, durante los dos meses de ausencia del ejército republicano, manteniéndose en la inaccion mas completa.

El jefe de éste, que ya no compartía con nadie el mando militar del Estado, tuvo que extender la línea de sus operaciones, y envió al general Martinez á situarse con su caballería en los distritos de Mocerito y Sinaloa, al teniente coronel Tolentino con "Guías de Jalisco" en el Fuerte, al general Gutierrez con su brigada en Cosalá, al coronel D. Jesus Vega con el batallon "Degollado" en San Ignacio, incorporándole la compañía de Ajoya, y nombrando á D. Antonio Armienta teniente coronel y á D. Sotero Osuna mayor de dicho cuerpo. El general Rubí quedaba en Culiacan con su brigada; y D. Atanasio Aragon, con el batallon "Victoria," encargado del mando político y militar de Cosalá, donde tambien quedó establecido por lo pronto el cuartel general.

Por este tiempo sucedió, que el general Martinez, jefe de las caballerías situadas en Sinaloa, hallándose en la banqueta de una casa, sentado en una silla, segun se acostumbra en la estacion de las calores en poblaciones cortas de ardiente temperatura, fué herido alevosamente de un balazo en la caja del cuerpo por uno de sus subalternos, el comandante Eulogio Parra, á causa de una cuestion privada que entre ellos se había suscitado; produciendo este episo-

dio un gran desorden entre las fuerzas que guarnecían la villa y un pánico entre sus habitantes, por las demasías que se temían. Martínez fué llevado á Mocorito á curarse, y Parra no tuvo al fin novedad en su posicion militar.

En 21 de Agosto llegó á Mazatlan el primer comisario imperial, Sr. general Manuel Gamboa.

El triunfo que los imperialistas alcanzaron contra el general Rosales el 24 de Setiembre en Alamos, poblacion cercana á los límites septentrionales de Sinaloa, infundía naturalmente el temor de que intentasen penetrar á este Estado, lo cual hubiera sido un tropiezo grave para el éxito de la campaña contra los franceses frente á Mazatlan. La prevision de esta emergencia obligó al general Corona á modificar un tanto las disposiciones que había dictado al volver de Durango. En tal virtud, el coronel D. Ascension Correa marchó á situarse en los distritos de Sinaloa y Fuerte, con orden de reprimir á los indios, que ya se habían rebelado en los rios Fuerte y Ocoroni. El general D. Angel Martínez, todavía enfermo, quedó en Mocorito con el mando militar del mismo distrito y del de Culiacan; mientras el general Rubí, dejando al prefecto Lic D. Manuel Monzon encargado del mando político y militar, subalternado en cuanto al último al general Martínez, marchaba á Elota, llevando entre sus fuerzas la del teniente coronel Parra, á quien se había ordenado incorporársele.

El general en jefe despachó á un americano á prevenir al comandante D. Ignacio Gadea Fletes en el Rosario, y al general D. Perfecto Guzman en Guajicori, que estuviesen listos para abrir de nuevo la campaña; y él mismo se preparó tambien, al llegar á Cosalá, para internarse á los distritos del Sur, donde debía renovarse la lucha, suspendida por un breve tiempo.

En efecto, de allí pasó á Elota, y en ese pueblo dió las

órdenes convenientes para que los diversos cuerpos se fueran situando en las posiciones mas estratégicas, lo que obligó á los destacamentos enemigos, situados en la Noria, Concordia y Mesillas, á replegarse sobre la plaza de Mazatlan.

Las fuerzas republicanas avanzaron hasta la Noria, donde el general Rubí, en representacion de los soldados de Concordia y Pánuco, que estaban á sus órdenes, y que habían perdido sus casas incendiadas por los franceses, pidió se pusiese fuego al pueblo, como un castigo á la traicion en que había incurrido, aliándose muchos de sus vecinos á los invasores y sirviéndoles de auxiliares. La tremenda ejecucion se llevó á efecto en la noche del propio dia; y otro tanto se hizo en la del siguiente, por idéntico motivo, con el rancho del Espinal.

El general Gutierrez fué á situarse al Aguacaliente. El general Rubí fué enviado á batir al jefe imperialista Mauricio Castañeda, que había ocupado á Concordia con 300 caballos, y al sentir la aproximacion de las fuerzas liberales se retiró al Rosario. Corona, entonces, se fué tras él, tomando de paso en el Aguacaliente la brigada de Gutierrez, pero ya no encontró al enemigo en aquella ciudad, y siguió en su persecucion, procurando alcanzarle antes de que se incorporase á un batallon de línea, que al mando de un coronel, de apellido Romero, venía de Tepic á reforzar la guarnicion de Mazatlan.

Cerca del límite de Sinaloa con Jalisco, tuvo noticia de que la fuerza de Romero estaba en la Bayona, y la de Castañeda en la Concepcion, pueblos poco distantes entre sí, á una y otra orilla del rio de las Cañas, que forma la raya entre los referidos Estados, lo que indicaba claramente que aun no se había verificado la incorporacion; y encontrando una coyuntura para dar un golpe severo al enemigo, mar-

chó en la oscuridad de la noche por senderos extraviados, y fué á salir al camino nacional, á retaguardia de la fuerza procedente del vecino canton; allí dividió su tropa en tres partes, destinando una á contener el auxilio que pudiera venir al jefe tepiqueño por el lado de Acaponeta, y las otras dos á que atacaran simultáneamente la Concepcion y la Bayona, lo que verificaron á las tres de la mañana con el mejor éxito. Incontinenti fué enviado á escape el comandante D. Victoriano Cruz á tomar la plaza de Acaponeta, y lo llevó á cumplido efecto en la mañana del mismo dia.

Despues de este suceso, la colocacion de las fuerzas republicanas, en una semi-circunferencia mas ó menos apartada de Mazatlan, quedó arreglada de la manera siguiente. En Villa-Union, 7 leguas al Oriente de dicho puerto, se situó al mando del comandante D. Leonardo Pintado una fuerza de caballería, en la cual iba incorporada la Guerrilla Americana, de 25 dragones, al mando del capitan D. Francisco Dana. En Siqueros, rio arriba de dicha villa, y á casi igual distancia de Mazatlan, se colocó otra seccion de tropas á las órdenes del teniente coronel D. Eulogio Parra. En Palmasola, ranchería que distará algunas ocho leguas del referido puerto, en el camino de Culiacan, sentó reales el comandante D. Donato Guerra. En las Móras estaba la primera brigada de Jalisco á las órdenes del general José M^a Gutierrez. Y en Concordia, tres ó cuatro leguas mas al Oriente de Villa-Union, se hallaba la brigada mandada por el gobernador Rubí. El cuartel general residía por lo comun en la misma Villa-Union.

Así estaba formado el anillo de soldados republicanos, que, con muy pocas modificaciones en lo sucesivo, debían mantener encerrados en Mazatlan á los franceses, los cuales no podían dar un solo paso fuera de la ciudad, sin comba-

tir, toda vez que los puestos avanzados de aquellos llegaban hasta las cercanías de la misma poblacion.

Con el auxilio de esta línea incomunicadora pudo Corona hacer cumplidera la prohibicion que había dictado respecto á la introduccion de víveres en la plaza; pero considerando que esa medida era contraproducente, pues ella no podía impedir la entrada de toda clase de provisiones por agua, y tendía á paralizar el comercio de los pueblos circunvecinos, que suministraban la subsistencia á sus fuerzas, permitió el paso á todo género de mercancías, con excepcion del maiz y pasturas que se destinaban al consumo de las tropas liberales, y se limitó á imponerles ciertos derechos, que se cobraban por empleados nombrados al efecto.

Además de las fuerzas ubicadas en los lugares ya expresados, el general en jefe puso una avanzada de infantería en el punto de Urías, distante dos leguas de Mazatlan, en el camino para Villa-Union y á la orilla oriental del estero de su nombre, que es el mismo que desemboca en el mar entre la isla de la Piedra por el Oriente y el barrio del Astillero en dicho puerto por el Poniente; y dió el mando de ese pequeño destacamento al capitan D. Juan Miramontes, que hostilizó el enemigo con un valor, pericia y éxito admirables. Oigamos lo que sobre este punto refiere el "Ensayo Histórico del Ejército de Occidente," pág. 335.

Miramontes y sus soldados comprendieron de tal modo su comision y la cumplieron tan eficazmente, que no había noche que no simularan ataques sobre la plaza, teniendo en constante alarma á los franceses que estaban en tierra, y en continuo movimiento á los buques de guerra, á quienes hacían ir los primeros á los flancos de sus fortificaciones, rompiendo el fuego sobre ejércitos imaginarios. Durante el

dia se aproximaban hasta las trincheras de la ciudad, provocando á tal extremo al enemigo, que le hacían salir en su persecucion á una larga distancia; pero como esto era en columna, nunca podían ser sus movimientos tan lijeros que dieran un buen resultado, y se volvía lleno de despecho, tanto mas cuanto que al contramarchar lo hacía siempre con algunas pérdidas, pues en tales circunstancias aparecía luego Miramontes tiroteando su retaguardia.

Cuando este oficial y sus soldados eran perseguidos con mayor tenacidad, se diseminaban violentamente por el monte que conocían á las mil maravillas, por que en su mayor parte eran leñadores, carboneros y cazadores. Si en busca de algunos auxilios para su propio mantenimiento, cargaban de leña ó carbon sus asnos y tomaban el traje de campesinos para ir á comerciar al puerto, lo hacían con plena impunidad, porque ni los franceses ni los traidores de la Noria los conocían; y como por otra parte la causa de la nacion contaba con el apoyo decidido de la mayoría de los habitantes de Mazatlan, los disfrazados guerrilleros encontraban muy á menudo personas que les hicieran regalos para ellos y sus compañeros, y que los instruyeran sobre el número de muertos y heridos que producía cada agresion, y del violento malestar que sus continuas operaciones producían en la fuerza franco-traidora.

Los grandes aplausos que los republicanos daban á estas guerrillas y las merecidas felicitaciones que de vez en cuando les dirigía el general en jefe por su consumada habilidad, eran un poderoso estímulo que les hacía desplegar mayor astucia y mas tenaz empeño en sus arriesgadas operaciones. Miramontes organizó pronto una escuadrilla de canoas, tripuladas por los marineros del estero de Urías, con objeto de hostilizar al enemigo por la playa y la isla de la Piedra, sin bastar á retirarla las continuas expediciones que con sus lanchas armadas en guerra hacían los franceses, pues si alguna vez los republicanos se veían muy comprometidos, ocultaban sus canoas entre los espesos manglares y se iban por tierra á batir á los invasores, cuando ya se creían en aptitud de acabar con la molesta escuadrilla. Estas manobras se repetían constantemente de dia y de noche, habiendo en todas ellas algunos heridos y muertos, cuyo número sería imposible señalar.

Debemos añadir, que una vez el intrépido jefe de la avan-

zada de Urías llegó con sus guerrilleros en unas canoas á la garita del Astillero, donde se mantenía un destacamento enemigo para vigilar las operaciones de los liberales en el estero y en la isla de la Piedra, lo sorprendió haciéndole varios muertos, se internó persiguiendo el resto por las calles de la ciudad hasta dos cuadras de distancia de la plaza principal, tomó un vaso de vino en la tienda que llamaban el "Indio Triste," y volvió á embarcarse con los suyos en sus canoas. Esta violenta acometida fué un relámpago, y produjo entre los enemigos el pavor del rayo.

En muchos otros puntos cercanos á Mazatlan, los choques eran frecuentes entre partidas de tropas liberales y francesas, en los cuales la fortuna demostraba su inconstancia á los contendientes de uno y otro bando; pero en las escaramuzas de caballería llevaban comunmente la ventaja los hijos del país, si el número ú otras circunstancias no les eran desfavorables, pues ya habían aprendido con la experiencia la manera de atacar á sus adversarios, que eran de torpes movimientos.

Era de verse, segun refieren contestes las noticias orales que hemos recogido, cómo se embestían en el combate el jinete francés y el guerrillero mexicano. El primero, montado á la alta escuela sobre un caballo de grande alzada, estribando con los piés hácia fuera, como buscando obstáculos con qué tropezar, marchaba con el sable enarbolado en el terrible puño, en ademan de hender medio á medio al guerrillero; mientras éste le iba al encuentro con machete en mano, adherido al caballo como un centauro. y conformando sus movimientos en todos sentidos á la necesidad de esquivar el golpe, cuando herir no le era posible. Si en la arremetida lograba el mexicano cruzarse, suyo era el triunfo, pues revolviendo su caballo sobre la espalda de su

adversario con mas presteza que éste, podía acuchillarlo á mansalva.

En el mes de Octubre, ó en los primeros dias de Noviembre, intentó un motin en Culiacan, aunque sin éxito, el teniente coronel D. Jorge Granados, jefe sin colocacion desde que en Alamos se separó de las fuerzas de Rosales. Como anteriormente había mandado el batallon "Mixto," que entónces estaba de guarnicion en aquella ciudad á las órdenes del comandante D. José Palacio, creyendo contar con su antiguo prestigio, trató de sublevarlo, pero fué reducido á prision por la guardia del mismo cuerpo, sometido á un consejo de guerra y condenado á muerte. Por la mediacion de personas respetables, suspendida la ejecucion, fué remitido á Concordia, donde á la sazón se hallaba el gobierno; pero al llegar á la villa de San Ignacio, se fugó y fué á presentarse al prefecto D. Manuel Monzon que lo había remitido, á quien dijo que lo querían fusilar en el camino. Fué remitido otra vez por el prefecto con recomendacion al general Corona, por quien fué bien recibido y agraciado con el mando de un cuerpo, al frente del cual prestó después importantes servicios en la campaña.

En el propio mes de Octubre, y con fecha 3, expidió el gobierno de Maximiliano en México el famoso decreto que condenaba á muerte á los mexicanos que fuesen aprehendidos con las armas en la mano, fundándose en que debían reputarse bandoleros los que siguiesen defendiendo un gobierno, que se decía no existir desde que el jefe de la Nacion D. Benito Juarez había cambiado su residencia de Chihuahua á Paso del Norte, en la frontera con los Estados-Unidos; como si esto significase que el gran presidente abandonaba el territorio nacional y la bandera de la independencia, y que el pueblo mexicano prestaba ya su asentimiento á la obra de la intervencion extranjera.

En Mazatlan, sin embargo, no había necesidad de tan salvaje disposicion, pues los patriotas caían en el cadalso, heridos de muerte por la Corte Marcial, que desde mucho ántes consideraba á los defensores de la nacionalidad mexicana como gavillas de malhechores. Probablemente desde la fecha del citado decreto, y de entera conformidad con las prevenciones del mariscal Bazaine en su feroz circular de 11 de Octubre del mismo año, se comenzó á observar con especialidad, que los franceses no guardaban prisioneros: si estos caían vivos en sus manos, eran muertos incontinenti en el mismo campo de batalla; si caían heridos, aunque estuvieran casi exánimes, eran rematados por medio de una ligera incision en el cuello, para cortarles la vena yugular, por donde se desangraban. ¡Medio bárbaro é hipócrita de acabar con un enemigo, que si no les inspiraba por su estado un sentimiento de humanidad, reclamaba una muerte militar, exenta de las apariencias de un cauteloso asesinato!